

BRÀCARA AUGUSTA

Junto a la catedral de Braga vi un canónigo
 y me dio un vuelco el corazón.
 ¡A éste sí se lo podría decir!
 Antes pensé (Dios me perdone
 la vanidad) dejárselo saber
 al guardia perezoso de la esquina;
 al cajero del Banco Nacional Ultramarino;
 o al dueño de la ourivesaria, tan atento;
 o a un mendigo que estaba en los peldaños
 como quien tiene un puesto en propiedad.
 Mi mujer, ya ustedes saben,
 «Eso ni se te ocurra».
 «¿Y al canónigo?» «Menos,
 bastante les importa a los canónigos».
 De manera
 que Braga va a dolerme para siempre
 porque nadie advirtió que aquel su obispo,
 Fructuoso llamado, era paisano mío, quizás algo pariente,
 -«¿Tú crees?», mi mujer, ya saben, se sonríe—
 y hace cientos de años andaba Bierzo arriba
 predicando justicias que poco se cumplieron,
 abriendo los caminos que aún están por hacer.

